

Ahí están los japoneses. Les lanzaron una bomba que parecía salida de un mal libro de ciencia ficción. La bomba destruyó su orgullo y ellos –como venganza– nos colonizaron de vuelta en los 60 años siguientes. ¿El método? Un imaginario lleno de rituales inverosímiles y dinosaurios radiactivos verdes que lanzaban fuego por la boca y peleaban contra polillas espaciales de cartón piedra, en eternos climax irresolutos, con patadas asesinas estiradas como chicle o rayos láser que les suspendían las cataris a sus héroes andróginos. Lugares comunes que parecían ficciones arrancadas de nuestros sueños violentos o nuestras dulces pesadillas. Una literatura que apenas éramos capaces de entender. Y nos doblaron la mano con eso. Se metieron en nuestras cabezas sutilmente, sin posibilidad de vuelta. Gente como ese tal Kazuo Ishiguro, que escribió –en inglés impecable– sobre una mansión británica y un mayordomo/ siervo devastado; sonaba tan Booker Prize, pero era en realidad japonés. O el tal Yukio Mishima, masoquista perverso –extasiado con el San Sebastián de Guido Reni– que no se sentía capaz de ser alistado para la guerra; en un avance disléxico de su propia batalla privada –milicia personal mediante– donde secuestraría –vestido con un uniforme de diseño propio– a un general. Su cabeza –obvio– rodaría con elegancia dramática nipona. Habría sangre. Una sangre correría cuesta abajo por las mismas calles que Katsuhiko Otomo dibujaría años después en *Akira* como los apuntes de un futuro nuclear, pero que eran postales perfectas de un presente monstruoso.

Pero pensar en ellas, intentar entender esas imágenes, esas historias es un espejismo peligroso, porque como bien dice Juan Forn –mientras lee a Haruki Murakami–: “¿cómo sumergirse en los abismos de la psique de una nación que históricamente ha sometido toda subjetividad a los rituales de la más incuestionable disciplina, en el terreno militar, laboral, social y religioso?”. Así, leemos sobre Japón como quien ve una película muda que carece de significado concreto. Ficciones de un país fantástico o imposible, un lugar donde somos bárbaros, iletrados. Creo que alguien se lo dice así a Marguerite Duras en *Hiroshima, mon amour*. Le dicen: nunca entenderás Hiroshima. Le dicen: no somos lo que piensas que somos. No sé que respondería la Duras. Tal vez Vila-Matas lo sepa. No lo creo.

Son días raros: hace más de 60 años que los americanos lanzaron la bomba y les deformaron la cara a ellos, pero también a nosotros de vuelta. Hiroshima es nuestro espejo. Adorno dijo que no podía haber arte después de Auschwitz. Yo digo que después de Hiroshima sólo se puede escribir ciencia-ficción. Los japoneses lo comprendieron bien. Enterraron a sus muertos, se tragaron las cenizas del plutonio y se sacrificaron para encarnar a nuestro futuro. Su literatura viene de otro planeta y nosotros nos perdemos en la traducción, como en esa película llena de falso zen de Sophia Coppola. No nos queda otra. Pero a veces también nos encontramos: mientras escribo esto, termino de leer *El maestro de go* de Kawabata, la crónica de un legendario encuentro entre dos jugadores de go, el ajedrez samurai. Todo Japón está ahí: la resaca del fin de la era Meiji, la guerra venidera, un minimalismo filosófico y triste. Y si se lee bien, uno se enfrenta a una road movie lánguida sobre la inminente muerte de una cultura: el devenir del Shusai Honnimo, un héroe terminal por una larga lista de posadas y hoteles, donde demuestra la excelencia de su juego mientras espera –sin saber– el fin del mundo entre el sonido de las cascadas, el olor del té, la lluvia y el silencio.

BANZAI
álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama
álvaro·bisama

bisama·álvaro bisama·álvaro bisama·álvaro bisama·álvaro bisama·álvaro REALITY

No deja de ser inquietante que en los mismos días en que Jorge Edwards relanzara por enésima vez *Persona non grata*, Fidel Castro anunció su retiro. Porque Castro es el villano ominoso de esa ficción paranoica –de hecho, casi ciencia ficción– que es el texto de Edwards, aunque, en realidad, dicho libro haya sido escrito como una crónica real de su paso por Cuba en 1971, caso Padilla incluido.

Pero también puede ser otra cosa: el primero de los múltiples avisos de muerte del famoso boom de las letras hispanoamericanas; una más de las noticias falsas del deceso de un movimiento declarado fallecido desde casi siempre: fusilado ipso facto con el famoso mea culpa del mismo Heberto Padilla y luego dado de baja sucesivamente por el golpe militar en Chile, el Nobel de García Márquez, la carrera presidencial de Vargas Llosa, la etapa final de Cortázar, y las obras completas de Isabel Allende y Luis Sepúlveda. Más: Donoso le hizo una autopsia en *El jardín de al lado*, y Fuguet lo declaró obsoleto en 1995.

Aun así, el boom los sobrevivió a todos y a todo, transformado en una dictadura estética ajada pero viva, un palacio en ruinas convertido en el centro del canon. Tanto que hasta el día de hoy cada libro o noticia de alguno de sus autores es un acontecimiento medial: el cáncer de García Márquez, el costado gay de Donoso, el cambio de nacionalidad de Vargas Llosa o las novias de Cortázar.

Eso porque el boom fue el primer reality show de las letras americanas, protagonizado por autores metidos en una jaula dorada que tienen que aprender a escribir a dentelladas, contemplados todos por un público expectante.

Un reality donde envejecen, mueren o resucitan para terminar incluso narrando sus memorias, todo para satisfacer a un auditorio que nunca se cansó del todo de su sangre y escritura.

Los que vinieron después tuvieron que aprender a escribir y vivir bajo su sombra: se volvieron marginales, excéntricos o vanguardistas; feministas y modernos; urbanos o cocainómanos mientras probaban con incontables clases de dinamitas literarias para abrirse paso en el mercado. Ciertas ficciones de los 80 y 90 pueden leerse así, como una inquietante lista de intentos de derrostrar a estos viejos miembros de una revolución que se habla traicionado a sí misma más veces de las aconsejables.

Pero, declarados obsoletos en innumerables ocasiones, los del boom siguieron ahí, al pie del cañón, tal y como lo hizo el mismísimo Fidel Castro, su tótem y fuerza de gravedad inconfesable: aquel dictador que no pudieron atrapar en ninguna novela; la figura sobre la que concentraban odios, amores y su literatura completa. De ahí que ellos, los del boom, sean los más capacitados para hablar de su supuesta jubilación. Crecieron con él, lo vieron de cerca o de lejos, escribieron a favor o en contra suya. Castro fue su sombra, su ángel y su némesis. Y Gabo y sus amigos y enemigos son sus parientes cercanos o primos lejanos, los fotógrafos de familia que lo conocen de toda la vida.

Así, *Persona non grata* puede leerse ahora como una conspiración política, pero también como el intento de un autor para sacarse de encima aquel inefable personaje protagónico. Por otro lado, también podemos pensar que una vez retirado Castro, el boom se cierra y la historia dobla la esquina de una vez por todas. Sería lo lógico. Pero puede ser que no pase nada nuevo, que sea la misma cantinela exagerada de siempre, aquella crónica de una muerte anunciada que nunca acontece, pero que quizás tenga, por un rato, algo de cierta.

Álvaro Bisama
Valparaíso 75